



DONÍS, M.A. (2009)
Santiago Mariño
 Caracas, *El Nacional* (Biblioteca
 Biográfica Venezolana, N° 106),
 142 p.

La celebración de las fiestas bicentenarias de la Independencia de Venezuela desde el año 2010 y cuyo colofón algunos la extienden hasta el año 2021, cuando se conmemora la batalla de Carabobo, es momento propicio para invitar a la reflexión y revisión, entre tantas cosas, de las más añejas interpretaciones históricas en torno a nuestro pasado y presente republicano. No hay duda de que los historiadores de la actual coyuntura tienen entre sus manos un portentoso filón que les garantiza trabajo de sobra.

A diferencia de hace cien años, cuando contadas plumas hicieron gala de sus mejores dotes literarios, en esta ocasión una legión de historiadores de oficio resultantes de la expansión de la matrícula universitaria desde la década de los sesenta del siglo xx han venido asumiendo su delicada faena, trillando sobre un terreno aparentemente ya segado.

El historiador Manuel Donís Ríos demuestra los errores de esa apreciación al ofrecer al público lector la más reciente biografía de Santiago Mariño, volumen 106 de la Colección Biblioteca Biográfica Venezolana, editada por *El Nacional* y la Fundación Bancaribe.

Sin ánimo jactancioso, Donís Ríos aclara de entrada que no pretende superar la acuciosa obra de Caracciolo Parra Pérez, biógrafo por excelencia de Mariño, pero sí deja claro que su intención no es mitificar ni degradar al general oriental,

sino colocarlo en su justa dimensión, reconstruyendo con ecuanimidad la vida y obra de este prócer de la independencia de Venezuela.

Asienta el autor que Mariño es comúnmente visto como el “disidente” por excelencia del libertador Simón Bolívar, conspirador nato y poseído por una ambición de poder que lo hizo perder la perspectiva hasta terminar sus días como un connotado sostenedor del personalismo más recalcitrante.

Para Donís Ríos, el general Mariño no es más que el producto más acabado de su época. Él era un militar que había consagrado su vida a la patria en los campos de batalla y ahora había llegado el momento de gobernarla con pleno derecho” (p. 114). Lo anterior no es más que el reflejo de un modo instintivo de mirar las cosas por parte de quienes se creen depositarios de la fuerza de los hechos en desmedro de la razón civilizadora.

En estos hombres de armas se anidaba un profundo temor, más bien horror, a la existencia de una república “puramente civil” y contra esto el sector pretoriano incrustado dentro del aparato militar de un Estado en ciernes, surge contundentemente, acuñando consigo el germen de un sempiterno conflicto que no deja ver los límites exactos entre el poder civil y el poder militar. Fue Mariño un oficial pretoriano que “no se sentía cómodo en el mundo civil” y por eso desde su debut como Jefe Supremo y Libertador de Oriente en 1813, siempre pretendió arropar las instituciones republicanas bajo el influjo de la voluntad personalista, alentado por un ejército que reclamaba “los haberes de sus lanzas”.

Pero, ¿quién fue Mariño más allá de su participación en los heroicos choques bélicos de la guerra emancipadora? La descripción de su fisonomía revela sus ascendientes nobles, limpio de sangre, como certificaban en la época, “hijo de peninsular y nieto de irlandés”. Era tal la magnificencia de sus orígenes que la indagación más detenida pudiese echar por tierra “las pocas gotas de sangre criolla” que circulan sus venas. Distinguía a este soberbio militar la presteza de su carácter imponente, el arrojo de sus temerarias acciones y un deseo irrefrenable de legitimarse a sí mismo.

Su contribución a la causa republicana fue prolífica, pero su actuación como político estuvo llena de contrasentidos. Dos hechos así lo dejan ver la convocatoria al *Congresillo de Cariaco* en 1817 y las negociaciones a espaldas de la Constitución con los insurgentes orientales de 1831.

En el primero, Mariño no sólo aspira a desprenderse del mando supremo ejercido por Bolívar, sino que utiliza la figura de la representación nacional asentada en un ensayo de Congreso General, para imponer la supremacía de una región de la que él se asumía como jefe indiscutible. Aquella jugada se revirtió prontamente, cuando las fuerzas realistas dejaron al desnudo la debilidad de las fuerzas con las que realmente contaba Mariño.

El segundo episodio ocurre a principios de 1831, cuando se desempeñaba como Secretario de Guerra y Marina del primer gobierno paecista. Entonces, estalla una rebelión hacia el oriente del país que exigía el restablecimiento de “la forma federativa” y así crear un Estado independiente, como en el año 1813. En medio de los fragores propios de la guerra, Mariño es encargado de aplacar la revuelta de sus antiguos subalternos, pero cometió la osadía de extralimitarse en sus funciones. Y así, jugando en dos aguas, asumió la postura de “mediador” para finalmente comprometerse con los insurrectos a la restauración del estado de Oriente. Con ello, Mariño se colocaba de espaldas a la Constitución que juró defender. Resuelta la situación, el general oriental quedó muy mal parado “...y con su liderazgo seriamente comprometido”.

Esa sobrestimación de sus propias fuerzas llevó a Mariño a cometer una y otra vez errores políticos que a la postre amainaron su figura y lo hicieron convertirse en un “segundo” del jefe de turno. Ése es el general Mariño que nos describe magistralmente Donís Ríos, una figura histórica célebre por su heroísmo y opaca por sus no bien calculados pasos políticos.

José Alberto Olivari